



## ¿CÓMO PODEMOS TENER FE?

¿Rindes más por la mañana o por la noche?

Hay gente que rinde más por la mañana, otra que rinde al máximo por la noche —y habrá gente que nunca rinda al máximo!—.

En mi caso —si es que rindo en algún momento—, es por la mañana.

Me despierto con mucha energía, pero con el paso de las horas me voy desinflando, y a las nueve de la noche estoy listo para acostarme; a las diez me entra el sueño y a las once ya estoy dormido, esté donde esté.

Y siempre fui así.

Incluso en la universidad era así.

Y... si eres universitario y te acuestas antes de las once das mucha pena.

Siempre tuve la fama de acostarme a las once.

A los 21 años, al final de mi estancia en Cambridge, hubo una fiesta,

y me encontré con alguien a quien ya conocía un poco; era una chica más o menos de mi edad.

Y empezamos a hablar y empezamos a bailar, y bailamos un poco más y hablamos un poco más. Se nos hicieron las once de la noche, las tres de la madrugada, las cinco de la mañana.

Y a las siete de la mañana, ¡nos pusimos a jugar al tenis!

Después paseamos en góndola por el río y luego comimos juntos.

No había dormido nada, pero no estaba cansado en absoluto.

Después supe que todos mis amigos pensaban que sin duda me casaría con esta chica, ¡porque aguanté despierto hasta después de las once!

Y acertaron: me casé con ella.

Para mí, la vida cambió completamente.

Mi vida anterior acabó y una nueva vida comenzó.

Pablo escribió esto a los cristianos de Corinto (2ª Corintios 5,17): «Si alguien se convierte a Cristo, se transforma en nueva persona.

Deja de ser lo que era antes. Su vida anterior queda atrás.

Comienza una nueva vida».

Es maravilloso relacionarse, y la mejor relación de todas ellas es nuestra relación con Dios.

Permítanme leerles lo escrito por algunos en los cuestionarios al final del último curso.

Agradezco a estas personas su sinceridad al compartir su experiencia.

Una de ellas escribió esto: «Experimenté a Dios por primera vez: el sentimiento de plenitud y el perdón que tanto necesitaba ocurrieron».

Otra escribió: «Mi vida cambió radicalmente para bien. Ahora soy una persona nueva: un cristiano».

¿Qué quiere decir «cristiano»?

No es raro escuchar: «"Cristiano", significa 'buena persona'. ¡Suelen ser buena gente!».

Pero Ése no es el significado original, porque hay ateos muy buena gente, a quienes no les gustaría que les llamaran cristianos, porque no lo son.

Otros dicen: «Somos cristianos, porque ésta es una nación cristiana.

Y quien nace en un país cristiano es cristiano».

Pero, nacer en un país cristiano no te hace cristiano del mismo modo que nacer en

un McDonald's ¡no te hace hamburguesa!

No es lógico.

Otros dicen: «Yo creo en Dios.

¿Me hace eso cristiano?».

No. Una de las afirmaciones del Nuevo Testamento es que hasta los demonios creen en Dios.

Saben que hay un Dios, pero no por eso son cristianos.

Ser cristiano es ser de Cristo, que es ser allí de la palabra cristiano, seguidor de Cristo Jesús, alguien que se relaciona con Dios a través de Jesucristo.

Cómo esa relación empieza varía enormemente.

Algunos recuerdan la fecha exacta, como es mi caso: 16 de febrero del 74.

Antes de eso no era cristiano.

Me hice cristiano ese día y desde entonces he sido cristiano.

Otras personas —espero que entre ellos mis hijos— dirían: «No recuerdo ningún momento en que no fuera cristiano».

Otras dirían: «Creo que hubo una época en que no era cristiano. Ahora creo que soy

cristiano, pero no sé con exactitud cómo ocurrió. Fue un proceso».

No importa en qué categoría estés, lo importante es que sepas que eres cristiano ahora.

C.S. Lewis utilizó esta analogía: es como ir en tren de París a Berlín.

Algunos estarán despiertos cuando el tren cruce la frontera y sabrán en qué momento ocurrió.

Otros, dormirán.

Eso no importa, lo que importa es que saben que han llegado a Berlín.

Lo importante es que sepas que eres cristiano ahora —¡y lo puedes saber!—.

San Juan escribe lo siguiente: «Mas a cuantos lo recibieron —a los que recibieron a Cristo—, a los que creen en su nombre, les dio el derecho de ser hijos de Dios», es decir, a tener la relación más cercana con Dios: la de hijos de Dios.

Esta analogía es común en el Nuevo Testamento.

Éste también utiliza la analogía de los esposos.

Es una relación así de cercana.

Pero lo cierto es que si estás en esa relación, sabes que estás en esa relación.

Volviendo a los cuestionarios, también preguntamos: «¿Te considerabas cristiano al principio del curso Alpha?».

Las respuestas a esta pregunta —¿Te considerabas cristiano al principio del curso Alpha?— en uno de los cursos fueron las siguientes.

Una persona escribió: «Sí, pero sin experiencia concreta de una relación con Dios».

Otra escribió: «Más o menos».

Otra: «Entre comillas».

Otra: «No estoy segura».

Otra: «Puede...».

Otra: «Sí, aunque mirando atrás..., quizá no».

Si estás en una relación, lo sabes.

Supongamos que preguntan a mi esposa Pippa: «Pippa, ¿estás casada?».

Y responde: «Sí, pero sin experiencia concreta de una relación», o: «Más o menos», o: «Entre comillas», o: «No estoy segura», o: «Puede...», o: «Sí, aunque mirando atrás..., quizá no».

Dios quiere que estemos seguros.

De nuevo, San Juan escribe —y creo que este versículo está en los manuales—:

«Les escribo estas cosas a ustedes que creen en el nombre del Hijo de Dios, para que sepan que tienen vida eterna».

¿Cómo podemos saberlo?

¿Cómo saber que somos cristianos?

¿Cómo saber que tenemos vida eterna?

## **1. LA PALABRA DE DIOS**

Nuestra fe y conocimiento se basan en... es como los tres pies de un trípode: todos son esenciales.

Y corresponden a las personas de la Trinidad: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

El primer pie es: la palabra de Dios.

Nuestra certeza se basa en este libro y en sus promesas.

Se basa, por tanto, en hechos y no en sentimientos.

Si me preguntaran cómo sé que estoy casado, podría responder enseñando esto: es un documento, nuestro certificado de matrimonio.

Es la prueba de que estamos casados.

Si me preguntaran cómo sé que soy cristiano, señalaría este libro.

Nuestros sentimientos son volubles.

Sufren altibajos que dependen del tiempo o de lo que hayamos cenado o lo que bebido la noche anterior.

Si nuestra fe dependiera de nuestros sentimientos, sería de lo más inestable, porque nuestros sentimientos sufren siempre altibajos.

Les dije que soy miembro de un gimnasio —prometo que no habrá más historias sobre *squash* o gimnasios, ¡ésta será la última!—.

Pero un día fui a... a... jugar al *squash* y tampoco había nadie, así que fui al gimnasio y vi que había un desafío llamado «El Máximo Desafío».

De hecho, Acababa de matricularme en ese gimnasio.

Como... me gustan los desafíos, dije: «¡Ah, lo haré!».

Y me dijeron: «Necesita entrenar seis semanas antes de hacerlo».

Dije: «No se preocupen, lo haré igualmente».



Dijeron: «Mire, hay varios niveles.

Lo puede hacer en “Superforma”, o también “Buena Forma”, o en “Media Forma”, o si no en “Mayores y Sabios”; le aconsejamos “Mayores y Sabios”».

Les dije: «No, no, no, no, no; ¡haré el “Superforma”!».

Me dijeron que no e intentaron disuadirme amablemente.

Pero como soy testarudo y muy competitivo insistí: «¡Listo! Haré el “Superforma”».

«Bien, esto es lo que tiene que hacer: 5 kilómetros en bicicleta, después hace 40 *press* de banca, después hace 100 flexiones, 4 kilómetros corriendo cuesta arriba...»  
—eran unos diez ejercicios diseñados para usar todos los músculos del cuerpo—.

¡Y todo eso en menos de 45 minutos!

Pero dije: «¡Bien, acepto el reto!».

No sabía muy bien lo que suponían 5 kilómetros en bici y cuando acabé esa prueba ya estaba sudando un montón. Se corrió la voz y se formó un corrillo de gente a mi alrededor. Eso aumentó mi determinación y competitividad, a pesar de que me estaba empezando a dar cuenta de que era la primera prueba y de que ¡aún quedaban nueve!

Así que fue puro orgullo lo que me ayudó a acabar, porque no estaba en forma para ello.

Pero de una forma u otra conseguí hacerlo y me dijeron: «¡Felicitaciones! ¡Sobrevivió al Máximo Desafío!»

Aquí tiene esta camiseta que dice: “Sobreviví al Máximo Desafío”».

¡Estaba tan orgulloso de mí mismo!

Me obsequiaron con una bebida y 5 libras. ¡Estaba encantado!

Fui a casa y se lo conté a mi familia: «¡Miren, “Sobreviví al Máximo Desafío”!»

¡Y además gané estas 5 libras!».

Llevaba la bebida porque quería enseñarles todo lo que conseguí con mi éxito.

Tenía el ánimo por las nubes.

Al día siguiente... estaba bien.

Volví al gimnasio y dije: «¡Estoy bien!», estiramientos...

Pero, al día siguiente, ¡no me podía mover!

Me dolían todos los músculos del cuerpo, ¡no podía ni levantarme!

Pippa tuvo que ayudarme a levantarme.

Fue un tormento bajar las escaleras.

Ni siquiera pude desayunar. ¡Levantarse la taza, era...!

Imposible ir al trabajo en bici. ¡Ni siquiera en auto!

¡No podía hacer esto, ni esto con el pie!

Así que Pippa se ofreció a llevarme al trabajo.

No quería que nadie supiese lo que había hecho.

Así que intenté entrar en la sala como si estuviera bien; pero iba así...

Y la primera persona que me vio me dijo: «Nicky, ¿qué te pasó?».

Me sentí un idiota.

Mi ánimo, antes tan alto, acabó por los suelos.

Como bien saben, esto nos ocurre a diario en nuestra vida por diferentes razones.

Si nuestra fe dependiera de cómo nos sentimos, nunca estaríamos seguros de si somos cristianos o no.

Lo seríamos unos días y otros no.

Pero no; nuestra fe depende de las promesas de Dios.

Y... la primera que vamos a ver es Apocalipsis 3, 20.

Jesús se dirige a una iglesia —la iglesia está constituida por personas—.

Y dice:

**Apocalipsis**  
**Capítulo 3**  
**Versículo 20**

**«Mira que estoy a la puerta y llamo. Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré, y cenaré con él, y él conmigo».**

«Mira que estoy a la puerta y llamo. Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré, y cenaré con él, y él conmigo».

Holman Hunt, pintor prerrafaelista, ilustró este versículo con este cuadro.

Hizo tres versiones.

La más famosa está en la Catedral de San Pablo y se llama *La Luz del Mundo*.

E ilustra este versículo porque Jesús, la Luz del Mundo, espera de pie a la puerta de la casa de alguien.

Esa casa representa tu vida, mi vida.

Esa persona en concreto nunca abrió su vida a Cristo, algo evidente a juzgar por la cantidad de hierbajos, zarzas y cardos que invadieron la entrada.

Y Jesús dice: «Mira que estoy a la puerta y llamo. Si alguno oye mi voz y abre la puerta —me deja pasar—, entraré, y cenaré con él, y él conmigo».

Comer juntos, en el Medio Oriente, en la antigüedad y aun hoy, es un signo de amistad.

En otras palabras: «Quiero entrar y relacionarme contigo, ser amigo tuyo».

Cuando Holman Hunt pintó este cuadro, le dijeron: «Espera un momento. Tiene un error».

Él preguntó: «¿Dónde?».

«Olvidaste pintar la manija. No hay manija en la puerta».

Y Holman Hunt respondió: «No lo olvidé. Sí que hay manija, pero está por dentro».

En otras palabras, Jesús nunca se abrirá camino a la fuerza en tu vida o mi vida.

Dice: «Estoy a la puerta y llamo. Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entonces entraré».

No dice: «... tal vez entre». Es una promesa: «Yo entraré».

Si, por ejemplo, alguno de ustedes dijo la oración que hicimos al final de la charla, la otra semana, e invitó a Jesús a entrar en su vida, puede estar seguro de que entró, aunque no lo sintiera.

No depende de sentimientos, es una promesa: «Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entonces yo entraré».

Otra promesa es: «Estaré con ustedes siempre».

Una vez dentro, permanece con nosotros.

Eso no quiere decir que estemos siempre hablando con él.

Es como si compartieras oficina con alguien. No siempre estás hablando con esa persona, pero sabes que está ahí junto a ti.

Y luego dice: «Yo les doy vida eterna».

En la primera semana vimos las pruebas de la Resurrección.

Las consecuencias de la Resurrección son asombrosas porque la resurrección de Jesús nos ofrece garantías sobre el pasado.

Es decir, nos da la certeza de que somos perdonados.

Al hablar de la Cruz, la semana pasada, vimos lo difícil que es comprender ese tema y pensamos: «¿Cómo sabemos que fue eso lo que ocurrió cuando Jesús murió en la Cruz?».

Lo sabemos porque resucitó de la muerte.

Dios lo resucitó de la muerte.

Por eso, la resurrección no fue la anulación de la derrota que ocurrió en la Cruz, sino la revelación de una victoria.

Es la prueba de que dio resultado, de que podemos ser perdonados; el pasado puede ser borrado.

Y ofrece garantías, sobre el presente, de que podemos relacionarnos con Jesús.

Jesús no está muerto; está vivo.

Por tanto, puedes conocerlo y yo también.

Ofrece garantías sobre el futuro, porque si Jesús murió, fue enterrado y resucitó, eso quiere decir que un día, cuando tú y yo muramos, también resucitaremos a una vida nueva.

Esta vida no es el final.

La historia no carece de sentido ni es cíclica.

Progresará hacia un clímax glorioso.

Un día, Jesús regresará y establecerá un cielo nuevo y una tierra nueva.

Entonces, los que creen en Cristo estarán con él para siempre en un lugar donde no habrá llanto, ni dolor, ni tentación, ni pecado, ni sufrimiento ni separación de los seres queridos.

Se nos dará un cuerpo glorioso que no conocerá el dolor.

Seremos transformados a imagen de Cristo.

Hay vida después de la muerte.

Hay gente que piensa: «¿Vida eterna? ¡Qué aburrimiento!».

Pero San Pablo escribió: «Ningún ojo ha visto, ningún oído ha escuchado, ninguna mente humana ha concebido lo que Dios ha preparado a quienes lo aman».

C.S. Lewis usa esta analogía.

Si pensamos en esta vida como el fin de curso y en el cielo como las vacaciones, él dice lo siguiente de los que mueren:

«Acabó el curso: empiezan las vacaciones.

Terminó el sueño: amanece.

Toda su vida en este mundo no había sido más que la portada y el prólogo.

Ahora, por fin, empiezan el Capítulo Primero del Cuento Más Grande, el que nadie ha leído en este mundo, el que dura para siempre y en el cual cada capítulo es mejor que el anterior».

Estas son las promesas de Dios, la palabra de Dios.

## **2. LA OBRA DE JESÚS**

El segundo pie del trípode es la obra de Jesús.

No se basa en lo que hacemos, sino en lo que Jesús hizo por nosotros.

A la pregunta «cómo sé que estoy casado», podría mostrar el certificado, pero también podría señalar algo que ocurrió aquí el 7 de enero del 78.

Y a la pregunta cómo sé que soy cristiano, podría señalar un acontecimiento histórico: la muerte y resurrección de Jesucristo.

Así es como sabemos que Dios nos ama.

¿Pueden buscar Romanos, capítulo 6, versículo 23? San Pablo dice:



**Romanos**  
**Capítulo 6**  
**Versículo 23**

**Porque la paga del pecado es muerte, mientras que el regalo de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, nuestro Señor.**

«Porque la paga del pecado es muerte, mientras que el regalo de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, nuestro Señor». Otras versiones hablan de «regalo gratuito» de Dios. No sé qué piensan al escuchar la expresión «regalo gratuito»; quizá desconfíen tanto como yo de esos regalos, porque hoy en día nos ofrecen regalos hasta por teléfono. «¡Ha ganado un millón de libras!».

Hay todo tipo de propaganda que nos ofrece regalos.

Y siempre sospechamos que hay gato encerrado; ¡lo sabemos!

Al regresar de vacaciones una vez, me encontré esta carta. Decía:

«¡N. Gumbel, gane un millón!

Don N. Gumbel, ¿será usted el próximo ganador?

Don N. Gumbel, es uno de los afortunados de la zona SW4 de Londres.

Estimado N. Gumbel: ¿Por qué lo elegimos a usted?

¡Porque creemos que usted se lo merece! —Está bien, ¿no?—.

Después de todo, trabajó mucho para conseguir todo lo que tiene en la vida — ¡creo que no sabían que yo era párroco!—.

Ya es hora de recompensarle.

¡Podría estar en posesión del número ganador, don N. Gumbel! —Creían que cuanto más repitieran mi nombre, más impresión causarían—.

El “certificado Gumbel” ya es suyo y sólo suyo.

Actúe ahora Don N. Gumbel y podrá ganarlo todo.

Créame cuando le digo que no hay gato encerrado, Don N. Gumbel». Entonces busqué lo que en realidad me regalaban, y era un MP3 gratis.

¿Qué tenía que hacer?

«Quiero el millón de dólares —¡No sé por qué dólares en Inglaterra!—: inclúyanme en el sorteo, envíenme mi MP3 y suscríbanme durante 40 semanas a la revista *Time*».

¡Gato encerrado!

Tomé la siguiente carta que había en el buzón, que no estaba dirigida a mí, sino a mi esposa.

El encabezamiento decía:

«¡Obsequio único para usted, Sra. GumbÉl!

¿Será un cheque de 15.000 libras o un Ford Mondeo?

¡Buenas noticias! Es usted la ganadora de nuestro sorteo Empire Star Prize» —  
Ella realmente sí había ganado algo ¡Qué emoción!—.

¿Qué era? Aquí está:

«Regalo: Juego de salero y pimentero de diseño exclusivo (dos gallinas incubando en una cesta de mimbre forrada de tela de algodón a cuadros); un bonito accesorio para su mesa.

Lléveselo gratis si su pedido supera las 40 libras».

Siempre hay gato encerrado.

Pero no con el regalo de Dios.

Su regalo es gratuito.

No es barato, sino gratuito para nosotros.

Jesús pagó todo el precio.

Busquen Segunda Corintios, capítulo 5, versículo 21.

El apóstol Pablo escribe:

**2 Corintios**  
**Capítulo 5**  
**Versículo 21**

**Al que no cometió pecado alguno, por nosotros Dios lo trató como pecador, para que en él recibiéramos la justicia de Dios.**

Al que no cometió pecado alguno, por nosotros Dios lo trató como pecador, para

que en él recibiéramos la justicia de Dios.

La semana pasada vimos un versículo del Antiguo Testamento (Isaías, capítulo 53, versículo 6), que dice:

«Andábamos perdidos, como ovejas —aquí estábamos nosotros y esto representa nuestras malas acciones—.

Andábamos perdidos, como ovejas; cada uno seguía su propio camino —les dije que esta mano representaba a Jesucristo, que nunca hizo nada malo. Y el versículo dice—, [en la cruz] el Señor hizo recaer sobre él —sobre Jesús— la iniquidad de todos nosotros.

El apóstol Pablo añade algo a este versículo.

Supongamos que este pañuelo blanco representa la inocencia de Cristo.

Jesús vivió una vida sin pecado; nunca hizo nada malo.

Era justo a los ojos de Dios.

No había separación entre él y Dios.

Tenía una relación perfecta con Dios Padre.

Lo que este versículo dice es que Dios trató a Jesús, en la cruz, como pecador por nosotros, al que no cometió pecado alguno.

En la cruz Jesús cargó nuestro pecado: Dios lo trató como pecador por nosotros, para que en él recibiéramos la justicia de Dios».

¿No es asombroso?, ocurrió un intercambio que permitió que pudiéramos tener,

gracias a Jesús, una relación justa —eso es lo que significa «justicia»: una relación justa con Dios y, por tanto, relaciones justas con los demás—.

Para que Dios nos mire de la misma forma que miró a su Hijo Jesucristo, gracias a lo que Jesús hizo en la cruz por nosotros.

Es casi increíble.

¿Cómo recibimos, pues, el regalo que Dios nos ofrece?

Lo recibimos por arrepentimiento y fe.

Arrepentimiento significa dejar todo lo que es malo, todo lo que estropea nuestra vida.

Dios no nos pide que dejemos cosas buenas para nosotros, sino las que pueden ser exteriormente atractivas, pero que en realidad nos perjudican.

Lo que dejamos no es nada comparado con lo que recibimos, ni es nada comparado con lo que Jesús entregó en la cruz.

Pero tenemos que dejar todo lo que es malo.

Eso es arrepentimiento.

Recibimos por arrepentimiento y fe.

¿Qué es la fe?

La fe es confianza.

Todos hacemos uso de la fe; ustedes lo están haciendo esta noche: al sentarse en las sillas están ejercitando su fe.

Están confiando en esas sillas para sentarse sobre ellas.

En un sentido más profundo, cuando dos personas se casan, hacen uso de la fe.

Cuando uno dice: «Sí, quiero», está confiando su vida a otra persona.

Eso es fe.

Blondin, cuyo nombre era Jean-François Gravelet, nació en 1824.

Era equilibrista y acróbata.

Su espectáculo favorito era cruzar sobre una cuerda floja las cataratas del Niágara, a 50 metros de altura sobre una cuerda de de 350 metros.

Creo que las cruzó un total de 17 veces, y cada vez hacía nuevas acrobacias.

Una vez, una delegación de la Corona británica fue a verlo, incluido el duque de Newcastle.

En esa ocasión, Blondin cruzó las cataratas y regresó, luego tomó una carretilla y la empujó hasta el otro lado y regresó.

Había una gran multitud animándolo.

Blondin se acercó a la delegación real y dijo: «¿Creen que podría llevar a un hombre en esta carretilla hasta el otro lado?».

Y todos dijeron que sí, incluido el duque de Newcastle, así que se volvió a él y le dijo: «¡Súbase!».

¡Eso es fe!

Habría sido insensato subirse —¡y no lo hizo!—, pero fue prudente y no lo hizo. Por ciento A mí no me gustaría tener que poner mi fe en un acróbata.

Pero poner la fe en Jesucristo sí que es una decisión prudente, porque Jesús es digno de toda confianza.

Alguien estaba una vez en nuestro grupo pequeño de Alpha perdió a su madre y un tiempo después me pidió que oficiara el funeral

Al día siguiente del funeral, me escribió diciendo:

«Durante el funeral comprendí de repente lo que significa ser cristiano.

Fue como si en esa media hora se me abrieran los ojos por primera vez.

Me di cuenta de por qué no me había desgarrado de dolor y amargura por la muerte de mi madre.

Es cierto: lloré y estaba triste; pero sabía, y sé, que su fe en Jesucristo la había salvado y que iba a gozar de la vida eterna.

Lo vi en sus ojos justo antes de que muriera, el jueves pasado, y ayer sentí esa consciencia fluir dentro de mí: cálida, rica y reconfortante.

Fue entonces cuando finalmente comprendí el enorme sacrificio que Jesús hizo en la cruz para que en verdad podamos tener vida eterna en el cielo gracias a él».

### **3. EL TESTIMONIO DEL ESPÍRITU**

Es el segundo pie del trípode.

El tercer pie es el testimonio del Espíritu Santo.

La palabra de Dios, la obra de Jesús y el testimonio del Espíritu Santo.

Depende de él y no de nosotros.

Si me hicieran la pregunta: ¿cómo sé que estoy casado?, podría enseñar mi certificado, señalar lo que ocurrió aquí o, en tercer lugar, referirme a los veintiocho años de experiencia de matrimonio.

Y si me preguntaran cómo sé que soy cristiano, podría enseñar este libro, señalar un acontecimiento en la historia o, también, mencionar la experiencia.

Ya vimos este versículo donde Jesús dice:

«Mira que estoy a la puerta y llamo. Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entonces



entraré».

En realidad, no es Jesús el que entra, sino el Espíritu Santo, que es el Espíritu de Jesús.

Jesús entra por su Espíritu.

Jesús sólo puede estar en un lugar a la vez, pero el Espíritu de Dios puede estar en todas partes.

Y el Espíritu de Dios puede entrar en tu vida y en la mía.

¿Qué ocurre cuando entra?

Que empieza a transformarnos.

Algunos de estos cambios se ven objetivamente.

¿Pueden buscar Gálatas, capítulo 5, versículo 22? Pablo escribe esto:

**Gálatas**  
**Capítulo 5**  
**Versículo 22–23**

**Pero el fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, humildad y dominio propio.**

Pero el fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, humildad y dominio propio.

A veces algunos dicen: «Me preocupa lo que pueda ocurrir si me hago cristiano.

No quiero cambiar.

Y si cambiase, ¿cómo cambiaría?».

Ésta es la respuesta: «El fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, amabilidad, bondad...» —éestas son las características que empiezan a desarrollarse en nuestra vida—.

No ocurre de la noche a la mañana.

Charlie Mackesy es un buen amigo nuestro, es el artista que hizo estos... eh..., estos... ¿Cómo se llaman? ¿Cómo se llaman, Charlie? ¡Dibujos! ¡Eso es! No, tienen otro nombre... ¡Ilustraciones!, ¡eso es!... las ilustraciones del manual.

Una vez, me gastó una broma.

Alguien nos había dado un peral y lo plantamos en nuestro jardín.

Yo estaba encantado porque pensaba: «¡Esto es vida!, ¡a comer peras!».

Así que solía salir al jardín para mirar si tenía peras, y, claro, no tenía.

Charlie lo sabía.

Así que un día tomó una manzana verde y la ató al peral.

¡Soy tonto, pero no soy tan tanto!

Lo que quiero decir es que un árbol no da fruto de la noche a la mañana; necesita

tiempo para ello.

Y los frutos del Espíritu en nuestra vida necesitan tiempo.

En mi caso, ¡necesitan mucho tiempo!

Pero esperamos, con el tiempo, ser más amorosos, alegres, amables y pacientes.

Nuestras relaciones también cambian.

Una de las cosas que percibí –y no sé si alguno ya lo ha notado en estas dos últimas semanas– fue que mi actitud hacia Dios cambió (hacia Jesús).

Antes, para mí, «Jesús» era sólo una expresión.

Si oía el nombre «Jesús» en la radio, cambiaba... de canal, puesto que no me interesaba la religión.

De repente, al oír hablar de Jesús subía el volumen, porque empezaba a relacionarme con él, lo conocía y me interesaba.

Mis relaciones con otros cristianos cambiaron.

Antes de ser cristiano, evitaba a los cristianos.

Desconfiaba... mucho de ellos.

Me parecían gente rara, extraña y muy aburrida.

En mi universidad, hacían ¡desayunos festivos!

¿Quién organiza desayunos festivos!?

Pero cuando me hice cristiano fui a un desayuno festivo y descubrí que era gente admirable.

Mi actitud hacia los demás, incluso hacia la gente que no conocía, cambió.

Recuerdo que Charlie me dijo cómo su actitud hacia los demás cambió.

Sentía amor por la gente.

Me dijo una vez que fue a una vinoteca y que sintió un amor enorme hacia la persona que le atendía, ¡no sólo por lo que le vendía!

Ése es un... es un amor que viene del Espíritu Santo.

Y es un amor que nos impulsa a transformar nuestro mundo.

No se trata de algo egoísta que nos hace sentirnos bien, si no que... recibimos un deseo y una pasión para hacer algo por nuestro mundo y para transformarlo.

Esto no es nada fácil —nunca va a ser fácil ser cristiano—.

Es un gran desafío, algo muy emocionante, pero nada fácil.

Además, no sólo hay cambios objetivos; también hay una experiencia subjetiva.

El Espíritu Santo transmite una convicción personal profunda de que somos hijos de Dios.

Pablo escribe en Romanos 8, 16: «El Espíritu mismo le asegura a nuestro espíritu que somos hijos de Dios».

¿Qué diferencia hay entre la fe y el conocimiento?

Utilizaré un ejemplo.

Ya les dije que ejercí la abogacía.

Una vez Solía hacer tanto de abogado por la acusación, como por la defensa; esta vez era por la acusación en un juzgado de Londres.

La acusación era contra alguien que había robado en los almacenes Harvey Nichols joyas valoradas en 10.000 libras.

Y la única prueba contra este hombre eran sus huellas dactilares.

Dado que no hay dos personas, aunque sean gemelas, con las mismas huellas dactilares, cuando hay huellas, el acusado suele confesar.

Pero este hombre no lo hizo y dijo: «Cierto, mis huellas estaban en la vitrina —de donde desaparecieron las joyas—, pero estaba allí con mi novia de compras ese día y es posible que me apoyara en la vitrina y por eso mis huellas estaban allí».

No sabía si el jurado iba a creerle o no, porque las decisiones del jurado son siempre un acto de fe.

No estaban allí.

No lo saben.

Escuchan las pruebas y dan un paso de fe, que no es muy diferente de lo que significa poner la fe en Cristo.

Uno toma una decisión y da un paso de fe.

No es irracional, no es un salto de fe a ciegas; es un paso de fe basado en pruebas.

Pero yo no sabía si ellos iban a dar ese paso de fe o no.

Lo hicieron y le declararon culpable.

Después, un policía prestó declaración.

Se subió al estrado y declaró algo que el jurado no podía saber antes de llegar al veredicto; me refiero a los antecedentes de ese hombre, que ocupaban dos páginas y media por robos de joyas en grandes almacenes.

Y esperaba juicio por otros dos casos de robo de joyas en grandes almacenes.

Tendrían que ver los rostros del jurado: ¡qué alivio!; ¡ahora sabían!

Dieron un paso de fe, y luego supieron.

E invitar a que Jesús entre es un salto de fe.

Pero cuando entra, El Espíritu Santo testifica, asegura a nuestro espíritu que somos hijos de Dios y que Dios nos ama.

Tengo tres hijos y todos son mayores.

Recuerdo que una vez, estaba viendo las notas de... —tengo dos hijos y una hija, que es la más pequeña—. Ella entonces tenía 13 años.

Y yo estaba viendo sus notas.

Y..., estoy muy lejos de ser un padre ideal en cualquier aspecto, así que no quiero que sigan mi ejemplo en este caso (quizá sea la peor manera de leer las notas de sus hijos).

Pero siempre me pareció que a los niños les dejaban muchas tareas y siempre les decía: «¡No estudien tanto!».

Sus notas siempre me gustaban —nunca me tomé en serio los comentarios negativos que pudiera haber—.

Sus notas me parecían fantásticas.

Así que, mientras leía sus notas, le decía: «¡Eres fantástica! ¡Eres maravillosa!».

Y ella replicaba: «Sí, pero no saqué buena nota en francés».

A lo que yo respondí: «¡Pero si eres fantástica!».

Ya saben: no soy imparcial, será amor de padre..., pero mi hija me parece maravillosa.

Le dije: «¡Creo que eres maravillosa!

¡Te quiero! ¡Te adoro! ¡Te quiero porque te quiero!».

Se debió sentir algo avergonzada. ¡Tenía 13 años!

Pero le dije: «Sencillamente, te quiero porque te quiero».

Y sentí que en aquel momento ocurrió algo a mi; porque al avanzar en la vida, a menudo siento el fracaso, siento que hice algo mal, que volví a fallar.

En ese momento sentí cómo el Espíritu Santo aseguraba a mi espíritu diciendo: «¿No te das cuenta de que te quiero incluso más de lo que tú quieres a tu hija?

Te quiero porque te quiero».

Así es como sabemos que estamos en relación con Dios: lo sabemos por las promesas de Dios —entrará—.

Lo sabemos por la muerte de Jesús por nosotros —sus obras—.

Y lo sabemos porque el amor de Dios es derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo.

Oremos.

Quiero darles otra vez esta oportunidad.



Quizá sólo quieran permanecer en silencio o crean que no están preparados para orar.

Pero puede ser que haya alguien aquí que quiera orar.

Y quiero hacer una oración parecida a la que hice la semana pasada.

Jesús está vivo, está hoy aquí.

Puedes orar así en tu corazón, repetirlo en tu corazón. Di:  
Señor Jesucristo, gracias por quererme tanto.

Gracias porque estás a la puerta de mi vida y llamas.

Esta noche quiero invitarte a que entres.

Dejo atrás todo lo malo que hay en mi vida, todo lo que sé que no está bien.

Me arrepiento de ello y te pido que me perdones.

Gracias por morir por mí en la cruz para ser totalmente perdonado, por hacer borrón y cuenta nueva para que pueda volver a empezar.

Esta noche pongo mi confianza en ti.

Te pido que entres y me llenes de tu Espíritu Santo, que me ayudes a llevar el tipo de vida que, en el fondo, anhelo vivir.

Gracias, Señor Jesús.

Amén.